

CUENTO N° 147

TÍTULO: EL DESTINO

SEUDÓNIMO: ANTONIO

AUTOR: LUIS ANTONIO PENAGLIA GUZMÁN

El Destino

Como todos los días hábiles, exactamente a las 6.30 sonó el despertador. Maquinalmente estiró el brazo, oprimió el botón y el repique infernal cesó. Disfrutó plenamente de esos cinco minutos que había acostumbrado a darse, que le servían para desperezarse y también para repasar lo que haría en la jornada. Claro que él ignoraba que este día sería el último de su vida.

Ya duchado y vestido, se encontraba desayunando junto a su esposa e hijo. Pronto, el chico salió para abordar el transporte escolar que pasaba a recogerlo. El niño, que tampoco sabía que antes de terminar el día se quedaría sin padre, se despidió de este con un apresurado e insulso beso en la mejilla.

A las 7.30 en punto, recogió su maletín y se despidió de su mujer, la que lo había acompañado hasta la puerta. Si ella hubiese sabido que aquel beso, dado en forma maquinal, era el último que le daría, lo hubiera prolongado y extendido a un abrazo que continuaría con infinitas caricias, mientras le decía lo mucho que lo amaba. También anoche, en vez de escudarse con un dolor de cabeza, hubiera accedido a sus ardientes requerimientos y lo hubiera amado hasta el amanecer para intentar, en forma desesperada, de impregnarse de sus gemidos, de sus olores y de sus estertores. Pero ella no había tenido como intuir la muerte del hombre y, con ella, el fin de su ordenado mundo. Por eso la mujer actuaba como lo hacemos casi todos, que vamos por la vida convencidos que ésta va a seguir, de manera inmutable, el curso que hemos ideado en nuestra mente, como si una deidad nos hubiese

otorgado el don de vivir una vida diseñada a nuestro antojo, en la que seríamos actores de un guion escrito por nosotros mismos.

Ya instalado en su Peugeot rojo, él sortea el nutrido tráfico y entra a la carretera que lo conducirá, en unos veinte minutos, a su oficina del complejo industrial en las afueras de la ciudad.

El día transcurre como uno cualquiera. Mucho trabajo de escritorio, responder correos electrónicos, revisar planos y documentos en el computador, escuchar las bromas de los compañeros y recibir una que otra mirada inquisidora del jefe. Un día así, tan importante en la vida de un hombre porque será el último, debiera estar dotado de algunos signos indicadores. No pretendo que uno debiera tener plena conciencia de su inminente fin, porque eso sería un desastre; pero podría haber ciertas señales. Quizás un aura especial, una tenue luminosidad que lo hiciera lucir ese día más bello, inteligente, amable e interesante que de costumbre. O, podría ser que su voz tuviera un leve tono de solemnidad y trascendencia desconocido hasta entonces, pero la cosa no es así y ese día tan importante transcurre como todos los demás. Debido a ello, nuestro protagonista, en vez de estar gastando sus últimas horas en algo serio y fundamental, se encuentra almorzando junto a sus compañeros en el casino de la empresa donde, además de comer, hablan puras trivialidades y arrojan, de vez en cuando, bolitas de miga de pan a los de la mesa contigua.

Quizás, si él hubiera permitido, hace dos meses, que una amiga de su cuñada, que pasaba por una avezada tarotista, le hubiera echado las cartas hoy tendría

algunas pistas sobre lo que le iba a pasar. Pero, como no creía en esas cosas y más bien se reía de ellas, no lo hizo.

Pero... ¿Por qué tendría que morir hoy? Muy sencillo. Porque al momento de nacer a las 5:33 de la madrugada, hace exactamente cuarenta y un años, dos meses y cinco días, fue asignado por Láquesis, la Moira encargada de definir la longitud de los hilos vitales, al lote de los que tenían que morir hoy. En ese mismo grupo, se encuentra un taxista de Nueva York, que será apuñaleado luego, tres pescadores de Sumatra, cuyo bote zozobrará en alta mar y un sinnúmero de otras personas, incluso un bebé que nació recién ayer.

A las 17.30, en una bodega de la ciudad, terminan de cargar un camión. Deberá viajar toda la noche para llegar a su destino. El conductor revisa la documentación respectiva, bromea algunos momentos con los cargadores e informa al supervisor que estará de vuelta en dos días más. Él no sabe que el viaje será muy corto y menos aún que a poco más de diez kilómetros de salida de la ciudad, cuando vaya a 100 K.P.H., en una suave curva, a cuyo costado hay dos grandes álamos, el eje delantero izquierdo se romperá, por lo que el pesado camión, fuera de control y pese a la barrera de contención, pasará al carril contrario e impactará de frente a un automóvil rojo. Tampoco sabe que él sobrevivirá. Faltan varios años para que llegue su turno.

Sí, Las Moiras, o Parcas, para los romanos, las tres hermanas, encargadas por los dioses de los destinos de los seres humanos, lo tienen todo controlado. Cloto, la que hila los hilos de la vida, mezclando fibras de oro con otras de lana negra, para diferenciar los momentos felices de los aciagos que vivirán todos, cuidadosamente

va identificando las hebras que tendrán que ser cortadas hoy. Esto no es tan difícil ya que Láquesis, otra de las hermanas, ha determinado el largo del hilo que le corresponde a cada ser humano. La inflexible Átropos, encargada de cortar los hilos vitales con sus tijeras de oro, en este preciso instante está cortando la del taxista recién apuñalado en Nueva York. No hay ninguna emoción en sus rostros, ellas simplemente y en forma profesional, hacen lo que se les ordenó al comienzo de los tiempos y que seguirán haciendo por siempre. Es un trabajo en el que no caben sentimentalismos y ya que todos están obligados a morir, no importa tanto el momento en que ello ocurra. Tampoco caben distracciones, por lo que ahora comenzará a cortar los hilos de tres pescadores de Sumatra, cuyo bote zozobró hace tres minutos y que se encuentran chapoteando en el agua, en medio de una descomunal tempestad. También, entre tantos otros, en unos minutos deberá cortar el hilo del bebé nacido recién ayer. Le tocó un hilo tan corto que apenas tomó contacto con el hilo de su madre.

El camión ya va entrando en la autopista, mientras nuestro protagonista, como todos los días, en cuanto el reloj señala las 18hrs., apaga el computador, guarda rápidamente los materiales en el cajón de su escritorio, se pone la chaqueta y literalmente corre al auto.

Ahora está frenético en medio del estacionamiento. El suyo no está. El guardia dice que hace un minuto que lo vio partir. Creía que era él.

- Súbete y sigámoslo - le grita un compañero, sacando la cabeza por la ventanilla de su coche.

Pensando que es lo mejor, se sube al coche. Mientras van velozmente, él, desde su teléfono celular, da cuenta del robo a la policía.

Van a más de ciento veinte. Y les parece divisar el auto. Se van acercando.

- ¡Ese es! – grita al reconocer su Peugeot rojo, mientras intenta retomar contacto con la policía.

- ¡No corran ni hagan nada! ¡Limítense a seguirlo a una distancia prudente! Nosotros lo interceptaremos poco antes de llegar a la ciudad. – dice, en tono imperativo, la voz al otro lado.

Ellos acatando las instrucciones y disminuyendo un poco la velocidad, van a poco más de cien metros del auto robado. Éste entra tranquilamente en una suave curva. A lo lejos, en sentido contrario aparece un pesado camión cargado con contenedores. Súbitamente el equilibrio de la escena se rompe. El vehículo de carga parece clavarse hacia la izquierda y, derribando la barrera, se va directo al carril opuesto justo en el momento en que va pasando un auto rojo.

El impacto fue brutal. En una zanja yacía un montón de fierros y latas rojas arrugadas y humeantes y a unos cincuenta metros, justo entre dos álamos, el cadáver del joven ladrón.

Él mira al muerto con una mezcla de emociones. Por una parte, siente una gran ira contra el desgraciado que robó y destruyó su auto, pero, por otra, siente que recibió un castigo inmediato. Claro que, si hubiera podido conocer lo que nosotros sabemos, sin duda estaría profundamente agradecido. Por primera vez las Moiras habían cometido un error, atribuible principalmente a Átropos que sólo retuvo

que tenía que cortar el hilo del conductor del Peugeot rojo cuando fuera en medio de la suave curva.

FIN